

NARRATIVA HISPANOAMERICANA DEL EXILIO. UN EJEMPLO: *NO PASÓ NADA*, DE ANTONIO SKÁRMETA

李素卿

Universidad Providence

lisch@pu.edu.tw

RESUMEN

En la narrativa hispanoamericana moderna, el tema del exilio político ha estado muy presente. Son muchos los escritores que lo han abordado y han dejado valiosos testimonios de la difícil experiencia de verse obligados a vivir lejos de su patria. En la década de los años setenta del siglo pasado, las dictaduras militares de Chile y Argentina provocaron grandes oleadas de exiliados. El escritor chileno Antonio Skármeta (1940), cuya obra más conocida es *Ardiente paciencia* (1985, retitulada después como *El cartero de Neruda*), fue uno de los muchos que debieron abandonar su país tras el golpe militar del general Pinochet que derribó el gobierno del presidente Salvador Allende en 1973. Su novela breve *No pasó nada*, publicada en 1980, es un buen ejemplo de la narrativa del exilio político hispanoamericano. Su protagonista y narrador, Lucho, un adolescente que vive con sus padres y su hermano menor exiliados en Alemania, tiene que encontrar su identidad y madurez como individuo y como chileno en un país y una lengua extranjeros. Lucho debe adaptarse a una nueva realidad social, tan distinta a la de su país de origen, con todos sus retos lingüísticos, culturales y vitales, y al mismo tiempo también tiene que comprometerse a tomar una posición política activa. El análisis de *No pasó nada* nos permite observar las diversas dificultades que debe atravesar una familia de exiliados: lengua, vivienda, búsqueda de trabajo, la educación de los hijos, la amarga nostalgia. Como dice Skármeta en el Prólogo de esta novela: “para un exiliado el mundo se divide únicamente entre el país que perdió y el resto del planeta”.

Palabras clave

narrativa hispanoamericana, exilio, Antonio Skármeta, *No pasó nada*.

1. Introducción: el exilio

Se ha dicho muchas veces que la historia (o bien la Historia, con mayúsculas) del ser humano, al menos en la tradición judeo-cristiana, comienza con una expulsión: la de Adán y Eva del Paraíso Terrenal, lo cual convirtió al hombre en un exiliado perpetuo. Según esta interpretación bíblica, el exilio sería más bien una *condición* del hombre, y no una situación¹. En su estudio titulado *Literatura y exilio interior* (1981), Paul Ilie nos dice que de acuerdo a su etimología la palabra “exilio” significa “echar fuera, desterrar, provocar un salto forzado desde el propio hogar o el propio país, y

¹ Véase Brodsky (2000), 32-44.

por extensión el de una persona que es expulsada por una autoridad”². Los exilios, los destierros y las expulsiones parecen haber marcado la historia de la mayoría de las naciones. En la historia de España, hay que destacar los trascendentales acontecimientos de la expulsión de los judíos por los Reyes Católicos en 1492 y el exilio de los republicanos tras la Guerra Civil de 1936-1939³.

1.1 El exilio en Hispanoamérica

Si revisamos la historia de los países hispanoamericanos, uno de los hechos que más llama la atención es que los máximos líderes de la guerra de Independencia contra España, como José de San Martín, Bernardo O’Higgins y José Gervasio Artigas, vivieron sus últimos años en el exilio. Incluso el más ilustre de todos ellos, Simón Bolívar, “El Libertador”, murió desterrado en Colombia. Pero nos daremos cuenta también que una gran cantidad de escritores importantes se han visto obligados, fundamentalmente por razones políticas, a elegir el amargo y doloroso camino del exilio. En algunos casos ese exilio fue temporal, pero en otros fue definitivo. Entre muchos ejemplos que se pueden mencionar, el venezolano Andrés Bello vivió largos años de exilio en Londres y luego pasó el resto de su vida en Chile, por lo que nunca más pudo volver a su país de origen; Domingo Faustino Sarmiento vivió muchos años exiliado en Chile; otro escritor argentino, Esteban Echeverría, murió exiliado en Uruguay, mientras que el ecuatoriano Juan Montalvo marchó al exilio en Colombia y acabó muriendo en París. Buena parte de la vida del poeta, escritor y patriota cubano José Martí transcurrió en el exilio: en España, en varios países hispanoamericanos y principalmente en Nueva York. Ya en el siglo XX, autores tan notables como Miguel Ángel Asturias, Alejo Carpentier, Rómulo Gallegos, Augusto Roa Bastos, Juan Carlos Onetti, Augusto Monterroso, Guillermo Cabrera Infante, Mario Benedetti, Gonzalo Rojas, Juan Gelman e Isabel Allende, entre muchos otros, conocieron también la dura experiencia del exilio. Michael Ugarte, en su libro *Literatura española en el exilio*⁴, llega a la conclusión de que “ninguna literatura puede excluirse de la condición del exilio, que, en realidad, estudiar la literatura del exilio es estudiar la literatura en sí misma”. En este sentido, según el mismo Ugarte, la obra que hace mil años dio inicio a la literatura en lengua española, *El Poema del Cid*, trata precisamente sobre este tema, y comienza cuando el Cid llora y gira la cabeza con tristeza para mirar por última vez a su patria Castilla, mientras se aleja camino del destierro⁵.

El 11 de septiembre de 1973 en Chile un golpe militar encabezado por el general Augusto Pinochet derrocó el gobierno constitucional del presidente Salvador Allende, quien además murió en el violento asalto al palacio presidencial de La Moneda, dando así comienzo a una larga dictadura militar. La inmediata represión contra líderes políticos, escritores, intelectuales, periodistas, educadores, fue implacable, lo cual envió al exilio a miles de personas. Entre estos se encontraba el escritor Antonio Skármeta.

2 Ilie (1981), 19.

3 Sobre el tema del exilio véanse Solanes (1993); Guillén (1995); Abellán (2001); Romero (2004), y Ramos Abreu (2008), 101-142.

4 Ugarte (1999), 8-9. Primera edición en inglés: *Shifting ground. Spanish Civil War exile literature* (1989).

5 *Ibid.*, 14.

2. Antonio Skármeta: vida y obra

Antonio Skármeta nació en Antofagasta en 1940, hijo de inmigrantes croatas. Estudió Filosofía en la Universidad de Chile. En 1964 obtuvo una beca Fulbright para realizar estudios de maestría en la Universidad de Columbia, Nueva York, graduándose con una tesis sobre la narrativa de Julio Cortázar. A su regreso a Chile, trabajó como profesor de Filosofía en el Instituto Nacional, y luego de Literatura en la Universidad de Chile. En 1967 publica su primer libro de relatos, *El entusiasmo*. Con su segundo libro de cuentos, *Desnudo en el tejado*, consigue en 1968 su primer premio importante, el Premio Casa de las Américas (Cuba). Intelectual comprometido con la izquierda, Skármeta participó activamente en el movimiento político Frente Popular que llevó al poder en 1970 al socialista Salvador Allende.

Tras el golpe militar de 1973, Skármeta marcha al exilio, primero a la Argentina, donde publica su libro de relatos *Tiro libre* (1974), y luego parte rumbo a Alemania Occidental, país en el que residirá durante dieciséis años. En 1975 recibe una beca del gobierno alemán, gracias a la cual pudo escribir su primera novela, *Soñé que la nieve ardía*. Ese mismo año publica su volumen de cuentos *Novios y solitarios*. A partir de 1979 trabaja durante tres años como profesor de guión cinematográfico en la Academia Alemana de Cine y Televisión en Berlín Oeste. En 1980 publica la novela breve *No pasó nada*, sobre la que nos centraremos en el presente trabajo, seguida dos años después por otra novela, *La insurrección*. En 1985 aparece otra novela, *Ardiente paciencia*, que sería llevada al cine en 1994 con el título de *El cartero* (en inglés *The Postman*, dirigida por Michael Radford), obteniendo un gran éxito internacional, y proporcionándole a Skármeta fama como escritor. El éxito de la película llevó al autor a cambiar el título original de la novela por el de *El cartero de Pablo Neruda*, con el cual ha sido traducido ya a treinta lenguas.

Hacia el final de la dictadura militar, Skármeta regresó en 1989 a Chile. De su producción literaria posterior destacan sus novelas *La boda del poeta* (1999) y *El baile de la victoria* (2003), ganadora del Premio Planeta y del Premio Municipal de Literatura de Santiago de Chile en 2004, y llevada al cine en 2009 por el director español Fernando Trueba. Entre los años 2000 y 2003, Skármeta ejerció como embajador en Alemania. Durante los últimos años ha trabajado como profesor en varias universidades de los Estados Unidos. Además de cuentos y novelas, Antonio Skármeta ha escrito obras teatrales, guiones cinematográficos y radiofónicos, artículos y ensayos.

3. *No pasó nada*: argumento y prólogo

La novela breve *No pasó nada*, escrita en los primeros años de su exilio en Alemania⁶, tiene por protagonista a un adolescente chileno de catorce años llamado Lucho, quien vive exiliado en Alemania junto con sus padres y su hermano menor Daniel. Lucho nos habla, en primera persona, de sus dificultades para adaptarse a un medio hostil y para aprender una lengua extraña y difícil (el alemán), así como de sus andanzas para encontrar su identidad como chileno y su madurez como individuo en un país extranjero, con una sociedad tan distinta a la de su país de origen. Pero antes de entrar a analizar el texto de la novela, es conveniente que nos detengamos a comentar el “Prólogo”

6 Según Campos Fuentes (2008), 42, en 1977 aparecieron dos versiones de *No pasó nada* con el mismo título, una fue una obra teatral y la otra un guión radiofónico que no se publicó.

de Skármeta, que resulta tan interesante como la propia novela.

En el “Prólogo”, el autor nos sitúa ya de entrada en el tema central de su novela, que es también el de este trabajo. Refiriéndose a Lucho, dice Skármeta:

“(…) había huido, arrastrado por sus padres, hacia una Europa que ofrecía a los exiliados los pulmones de la libertad, pero también el dolor de la lejanía. (...) Despojados de su ámbito natural, desprovistos de sus utopías, minuciosamente derrotados, los emigrantes latinoamericanos comenzaron una militancia en guetos de melancolía que muchas veces les impidió asumir las pasiones cotidianas de los países que les ofrecían refugio.

Por áspero que suene, desde el punto de vista emocional, para un exiliado el mundo se divide únicamente entre el país que perdió y el resto del planeta”⁷.

Son palabras muy significativas, en las que el autor sintetiza la razón de ser de esta novela. Así, para Skármeta el exilio sólo puede estar marcado por el dolor y la melancolía, y los exiliados son como parias “desprovistos de utopías, minuciosamente derrotados”, porque perder a su país no significa otra cosa que perder todo aquello que lo constituye como individuo y como ser en el mundo. El exiliado vive de este modo abrumado por un inextinguible sentimiento de pérdida. Pero todo esto sucedía con los adultos, cuyas “vidas eran aplazables hasta el momento en que se reencontraran con la patria liberada” (*NPN*, 10), pero no ocurría lo mismo con sus hijos, los cuales tenían otras preocupaciones y urgencias: las de aprender la lengua del país anfitrión, asimilar nuevas exigencias educativas, compartir gustos, aficiones y emociones con los jóvenes de su edad, experimentar las primeras sensaciones amorosas y los primeros impulsos eróticos, sintonizar con una cultura diferente. Dice Skármeta: “Si los padres habían entrado en un tiempo de recogimiento, de reflexión y tristeza, a ellos [los hijos] se les ofrecía la expansión, las exploraciones de lo desconocido, la aventura de emigrar hacia el otro, la posibilidad de ser diferente en un medio homogéneo, con todo lo que tenía de riesgoso y excitante” (*NPN*, 11). Es decir, si para los padres la tensa vida en el exilio se reducía a su obsesión por la patria perdida y lejana, dentro de un círculo vicioso de ansiedad y tristeza, para sus hijos significaba todo un desafío: el descubrimiento de lo desconocido, el difícil diálogo con el otro, la afirmación de sí mismos en un medio extraño. El autor subraya tal estado de cosas y con ello nos presenta los motivos centrales de su novela en este pasaje:

“Había que contar la experiencia del exilio no desde las víctimas directas, es decir los padres conscientes e ideologizados, sino desde los hijos, quienes dentro de la familia estaban en los valores del terruño, pero que en el aura de las calles extranjeras tenían que acomodarse a la ley de la sobrevivencia” (*NPN*, 17).

Lo que expone Skármeta en su “Prólogo” a *No pasó nada* expresa claramente su voluntad de que sea el hijo de una familia de exiliados chilenos en Alemania quien nos cuente su experiencia del exilio, porque, a diferencia de sus padres, él supone una mirada en cierto modo desprejuiciada y carente de ideología, una mirada más libre y pura, podría decirse, y también porque él constituye el vínculo entre el cerrado y angustiado mundo de sus mayores y la nueva y desafiante realidad que las vicisitudes de la vida les han impuesto.

⁷ Skármeta (1980), 9-10. En adelante se citará directamente en el texto como *NPN*, seguido de su correspondiente número de página.

Podemos dividir el argumento de *No pasó nada* en dos partes. En la primera, Lucho nos relata las diversas peripecias que le van sucediendo día a día en su proceso de comprensión y adaptación a una sociedad tan distinta a la de su país de origen, junto con sus reflexiones sobre ese proceso de aprendizaje⁸. La novela comienza con la mención del hecho que precipitó el exilio de su familia y el de tantas otras familias chilenas: “El 11 de septiembre hubo un golpe militar en Chile, y asesinaron al presidente Allende, y murió mucha gente, y los aviones le tiraron bombas al palacio presidencial, y en la casa tenemos una foto grande en colores donde está el palacio lleno de llamas” (NPN, 21). El golpe militar en Chile nos sitúa en el necesario marco histórico del relato, marcando un antes y después en la vida de Lucho.

3.1 Lucho: un adolescente chileno exiliado en Alemania

Lucho nos habla con muchos detalles de su vida de estudiante en el colegio, sus progresos con la lengua alemana, la ignorancia de sus compañeros sobre Chile (“En el colegio antes ninguno de mi clase sabía dónde quedaba Chile”, NPN, 23), así como sobre las dificultades por las que atravesó su familia al inicio de su vida en Alemania (“Al comienzo no nos acostumbrábamos para nada. Mi papá y mi mami no tenían trabajo, mi hermano chico se enfermó con mucha fiebre por el cambio de clima y vivíamos en una pieza los cuatro en el departamento de un amigo alemán que había estado en Chile”, NPN, 24). Por supuesto abundan las descripciones de fuertes contrastes – ambientales, físicos y culturales– entre uno y otro país: “Aquí en invierno oscurece muy temprano. (...) En Chile la noche es corta, hay más pájaros que en Berlín, una cordillera muy linda que siempre tiene nieve en la punta, hay muchos insectos, perros sueltos, y moscas. Aquí en Alemania se ven muy pocas moscas. La gente es muy higiénica. (...) Además allá en Chile hay muchos terremotos” (NPN, 24 y 26), así como los duros contrastes sociales: “Aquí los niños no saben lo que es un país pobre. No han visto nunca una casa hecha con cartón y latas. A mí no me creen que se venían abajo cuando había viento fuerte o lluvia” (NPN, 25-26). Con cierto humor e ironía, Lucho se refiere a su inicial situación de desamparo con respecto al país y a sus compañeros del colegio: “En el colegio al comienzo no tuve amigos. En los recreos me juntaba con mi hermano chico y nos dedicábamos a comer el sándwich y a tomar el sol contra la pared. Eso es otra cosa que soy: el mejor tomador de sol del mundo. Tal vez porque paso resfriado y muerto de frío. En Chile me decían ‘el lagarto’. Yo y el sol, íntimos” (NPN, 25).

El título de la novela proviene de una situación divertida que se relaciona con el uso del lenguaje y el aprendizaje del alemán, y ocurre cuando Lucho comienza a relacionarse más profundamente con sus compañeros, a través de su deporte preferido, el fútbol: “Comencé a aprender alemán jugando fútbol en los recreos. Me ponían de back centro y allí metí tanto fierro que aprendí distintas palabritas: ‘desgraciado’, ‘cabrón’, ‘pata de mulo’. Yo me abría de brazos y miraba al delantero caído y decía: ‘No pasó nada’. Siempre decía eso. Entonces me pusieron de sobrenombre *Nopasónada*. Todavía cuando algunos me ven, levantan las manos así y me dicen ‘Hola, Nopasónada’” (NPN, 29). No debe extrañarnos el hecho de que sus primeros amigos sean precisamente otros exiliados: dos hermanos griegos llamados Homero y Sócrates Kumides.

8 En este sentido Campos Fuentes (2008) se refiere a *No pasó nada* como una “Bildungsroman”, una novela de aprendizaje.

Toda la desolación que transmite la vida de un adolescente chileno refugiado en Alemania y toda la angustia que representa la difícil situación económica por la que atraviesa la familia de Lucho, se expresa de modo muy emotivo a través de pasajes como el siguiente:

“Además era invierno. Yo recorría todo Tiergarten buscando un poquito de sol. El sol de Berlín es lo único barato, pero escasea mucho. (...) Todo esto sin un peso, los bolsillos planchados como camisa de milico. Si me hubieran agarrado y sacudido, jamás hubiera sonado ni una monedita. Ahora que lo pienso bien, yo creo que no era el niño más triste de Berlín, sino de Europa, porque estar triste en Berlín no se lo recomiendo a nadie. Y estar triste y sin un pfenning, es para ponerse a llorar a gritos” (NPN, 36).

De su lejana patria sólo llegan malas noticias: “Cuando llegaba a la casa, era fijo que la mamá estaba llorando. Y no era porque estuviese cocinando cebolla. Llegaban unas cartas de Chile que eran como para desaguar todo el estanque. (...) Lo que es cierto es que no hay carta desde allá donde no falte un nuevo compañero muerto o preso” (NPN, 29). Esas noticias crean un clima de tristeza y en ocasiones de conflicto entre sus padres, lo cual provoca rechazo en el joven Lucho, para quien las noticias “desde allá” sólo pueden traer dolor y desasosiego.

También suceden, como es natural, sus primeros intentos amorosos con dos chicas alemanas, Edith y Sophie, y ambas experiencias resultan frustrantes para Lucho. Es con Sophie cuando ocurre el acontecimiento que nos conducirá a la segunda parte de la novela: “Bueno, total que me fue pésimo en Berlín. Nunca robé un chicle, jamás probé un rollito de marihuana, pero me metí en el lío más grande de la historia de Alemania, y todo por culpa de la Sophie” (NPN, 43). El lío al que se refiere Lucho es la violenta patada que éste le da en los testículos a un joven alemán llamado Hans, que lo envía al hospital, y se produce cuando Hans molesta a Sophie, que paseaba con Lucho. El problema se complica cuando se entera de que Michael, el hermano mayor de Hans, lo anda buscando para darle una paliza. En este punto, Lucho nos comunica su complicada situación, en la que se cruzan su condición de apátrida, el desengaño amoroso y el miedo ante un peligro inminente en tierra extranjera, utilizando una metáfora futbolística: “Total, estaba perdido por goleada. No tenía mi país, la Sophie no quería verme nunca más, un tipo me andaba buscando para arreglarme, y había mandado a un alemán al hospital. Por mucho menos hay gente que se pega un tiro” (NPN, 51-52).

3.2. El duelo

La segunda parte de *No pasó nada* se centra, como queda dicho, en el duelo entre Lucho y Michael. Éste, un joven corpulento de unos diecisiete años, reta a Lucho a una pelea, amenazándolo reiteradamente con darle una despiadada golpiza: “Donde te encuentre, te voy a sacar la cresta. (...) En cuanto salgas de la casa, te agarro y te hago pedazos. ¿Oíste, Chileno? (...) Te voy a dejar parálítico a patadas y te voy a enterrar los dedos en los ojos” (NPN, 55 y 63). Lo llama con insistencia por teléfono y lo sigue al colegio para exigirle que vaya a pelear con él. Pero Lucho siente mucho miedo.

Un día el alemán se presenta ante él con su moto, y utilizando palabras muy corteses le invita a pelear con él. A Lucho no le queda otro camino que aceptar. De manera muy civilizada, Michael

lo lleva con él en la parte trasera de su moto, hasta llegar a un lugar muy poco agradable situado en las afueras de Berlín, que le da ocasión a Lucho para una comparación con su estado de ánimo de ese momento: “un lugar donde hay un montón de basuras y piedras y carrocerías de autos viejos. De puro ver eso me sentí igual a todas esas porquerías. Y arriba el cielo tan cochino como ese barro y esas latas oxidadas” (*NPN*, 79). Todos estos datos ayudan a acentuar la profunda sensación de desamparo, de desvalimiento, de tristeza, de soledad, que nos transmite el protagonista en su condición de exiliado en tierra extraña: “Miré alrededor y me di cuenta que no tenía amigos ni siquiera para que me echaran una mirada de lástima” (*NPN*, 77). Lucho intenta por todos los medios evitar la pelea, porque además nunca antes había peleado, pero el alemán lo insulta: “¿Todos los chilenos son tan cobardes como tú?” (*NPN*, 81), a lo que Lucho responde que los chilenos son muy valientes, poniendo como ejemplos a Bernardo O’Higgins, José Miguel Carrera, Arturo Prat y Salvador Allende, o sea que se remonta a esas figuras históricas de su país para intentar darse valor.

Cuando Michael le está propinando una paliza salvaje, Lucho sufre una especie de alucinación que lo remite a sus vacaciones de infancia en Antofagasta, y en la que se recrea en una tierna y jubilosa visión de sus padres: “Me había separado de mi propio cuerpo. Me sentía flotando en el mar de Antofagasta, azulito, en vacaciones en el norte, vi a mi papi y a mi mami hechos una llamarada, vi que me lamían suavemente, que yo salía del cuerpo de mi mami y todo era un incendio” (*NPN*, 85).

La pelea se resuelve abruptamente cuando Lucho coge una piedra y golpea a Michael en la nuca, dejándolo inconsciente. Esto da lugar a otro de los frecuentes momentos de desamparo y soledad en los que se encuentra Lucho, siempre con la evocación de su patria lejana, e interpelando para ello al lector: “Me senté en la tierra, al lado de la moto, apoyé la cabeza en la rueda de adelante, y lo único que se me ocurrió fue ponerme a llorar. Ustedes me perdonarán, pero hacía como un año que no lloraba. Antes, cuando la mami y el papi se encerraban a llorar con las noticias de Chile, a mí me daba pena por ellos, y como soy medio sentimental, lloraba” (*NPN*, 85-86). Comienza a llover y el alemán vuelve en sí y le pregunta a Lucho por el resultado de la pelea –al final se declara un empate–, llegando a la civilizada conclusión de que no deben seguir peleando. A continuación Lucho lo invita a comer una pizza y beber una botella de vino; en la conversación Michael le pregunta por su posible vuelta a Chile:

–¿Cuándo vuelves a Chile?

–Cuando caiga Pinochet. En el primer avión.

–¿Y cuándo va a ser eso?

–Lueguito (*NPN*, 91)”.

Las respuestas de Lucho delatan su inocencia ante la verdadera realidad política de su país, o seguramente ello no deja de ser un reflejo, o transferencia ideológica, de los deseos y esperanzas de sus padres y de la colonia chilena en el exilio. En todo caso, hay cierta ironía en ese “lueguito” de Lucho, ya que en 1980, año de publicación de *No pasó nada*, Pinochet llevaba ya siete años en el poder y no parecía haber ningún síntoma de que lo fuera a dejar por mucho tiempo más (como así fue: la dictadura duró hasta 1990). Michael llega a interesarse por Chile, a lo que Lucho responde

de manera simplemente patriótica: “Hay de todo” (NPN, 92). Así pues, tras el odio y la dura pelea, lo que comienza a surgir es la amistad entre dos jóvenes pertenecientes a dos países muy distintos, amistad basada en la comprensión del otro y en la solidaridad con la situación del exiliado. En efecto, al final de la novela Michael le hace una visita a Lucho, y una semana después participa en una reunión del Chile Comité, organización de los alemanes solidarios con la causa chilena, por lo cual el padre de Lucho le dice muy satisfecho a su hijo que se ha convertido en todo un “proselitista”, palabra que Lucho no entiende y que tiene que buscarla en el diccionario.

La solidaridad alemana con los exiliados chilenos y la participación activa de estos últimos en los actos para conmemorar el primer aniversario del golpe militar, son elementos de intermitente aparición a lo largo de la novela, que le otorgan un evidente tono propagandístico. Pero tampoco falta la mirada crítica, como cuando el padre de Lucho se enfada porque los chilenos no se han puesto de acuerdo y han decidido organizar dos marchas contra la dictadura militar, ante lo cual nos dice Lucho: “A mí no me llamó la atención porque pese a que aquí somos todos buenos amigos, cada vez que los chilenos se juntan, discuten toda la noche” (NPN, 58). Claro está que el adolescente Lucho apenas puede entender el compromiso político de sus mayores, así como tampoco ha podido aprenderse la canción de protesta *Venceremos*, que todos, chilenos y alemanes, cantan con emoción en el acto del 11 de septiembre, pero cuya letra Lucho no entiende.

4. Conclusión

En conclusión, el compromiso político de sus mayores, esa dimensión ideológica que por su edad Lucho no puede entender, se convierte en la barrera que separa su mundo del de sus padres, porque el mundo del adolescente Lucho está compuesto de otras urgencias, de diversas pruebas para adaptarse a un mundo extraño, de erráticos descubrimientos amorosos y de búsqueda de sí mismo como persona, como chileno y como exiliado, porque a su edad lo que le corresponde es el largo y laborioso aprendizaje de la vida, ahora en tierra extranjera⁹. Hacia el final de la obra reaparece la joven Edith, como una cierta promesa amorosa. Como dice el poeta argentino Horacio Salas, otro exiliado: “El exilio condiciona y al mismo tiempo enriquece con una experiencia que —como los agujijones del amor— sólo puede conocerse cuando se ha sentido en las entrañas”¹⁰.

La novela breve *No pasó nada* de Antonio Skármeta es por todo ello una obra valiosa sobre la experiencia del exilio, un testimonio genuino, sugestivo y vivaz sobre el exilio hispanoamericano, que ha llegado a ser un motivo constante en la historia y la literatura de ese continente. Una experiencia y una historia que Skármeta parece resumir en esta frase del Prólogo que volvemos a citar: “para un exiliado el mundo se divide únicamente entre el país que perdió y el resto del planeta”.

9 Como señala Campos Fuentes (2008), 40: “Lucho, desde su posición infantil, puede acuñar frases e ideas prestadas sobre lo político y social si que se le reproche su parcialidad o miopía. Esta condición de no-adulto lo defiende del juicio del lector ya que se reconoce que por su edad él no ha podido ser militante de izquierda chilena ni activista con los exiliados, por lo tanto su participación y conocimiento de su contexto socio-histórico y político es de segunda mano”.

10 AA.VV. (1983), 237.

Bibliografía

- AA. VV. (1983): "La literatura hispanoamericana y el exilio", *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 12, 227-234.
- Abellán, José Luis (2001): *El exilio como constante y como categoría*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Brodsky, Joseph (2000): "La condición a la que llamamos exilio (o levando chanclas)", en *Del dolor y la razón*, trad. A. Martí García, Barcelona, Destino, 32-44.
- Campos Fuentes, María C. (2008): "No pasó nada de Antonio Skármeta: exilio, identidad y adaptaciones de un texto", *Céfiro: A Journal of the Céfiro Graduate Student Organization*, 8, 1-2, 36-51.
- Guillén, Claudio (1995): *El sol de los desterrados: literatura y exilio*, Barcelona, Quaderns Crema.
- Ilie, Paul (1981): *Literatura y exilio (Escritores y sociedad en la España franquista)*, Madrid, Fundamentos.
- Ramos Abreu, José A. de (2008): "El lugar de la poesía. Poesía y exilio", en *La fascinación del enigma: la poética de José Ángel Valente en sus ensayos*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 101-142.
- Romero, Raúl E. (2004): "Exilio y literatura", *El Misionario*, 25 (Verano), [http:// www.babab.com/no25/exilio.php](http://www.babab.com/no25/exilio.php).
- Skármeta, Antonio (1980): *No pasó nada*, Barcelona, Plaza & Janés.
- Solanes, José (1993): *Los nombres del exilio*, Caracas, Monte Ávila.
- Ugarte, Michael (1999): *Literatura española en el exilio. Un estudio comparativo*, Madrid, Siglo Veintiuno Editores,.